

# El traductor como escritor. Palabras para agradecer el Premio Giovanni Pontiero

Antonio Sáez Delgado

Universidade de Évora

Departamento de Linguística e Literaturas

Apartado 94, 7001 Évora Codex

ASAEZDELGADO@telefonica.net

Estimados amigos:

La generosidad de la Universidad Autónoma de Barcelona y del Instituto Camões ha querido fijarse este año en *La pelirroja*, un libro completamente desconocido en España de un autor casi completamente desconocido en España. Es, en ese sentido, una apuesta valiente, que quiero agradecer especialmente. Este agradecimiento se hace extensible a la Editorial Periférica, de Cáceres, que creyó en el libro y me confió su traducción. Su aún breve catálogo es, me parece, una de las apuestas editoriales más serias y rigurosas de los últimos años, y es siempre un placer colaborar en empresas así. Por último, me resulta imposible hablar de mi trabajo de traductor sin referirme a mi trabajo como profesor en la Universidad de Évora, en Portugal. Soy el traductor que soy (mejor o peor) gracias a mi experiencia profesional y vital en aquella maravillosa ciudad portuguesa.

En un libro que he traducido no hace mucho tiempo, titulado *Un clavo en el corazón*, de Paulo José Miranda (y publicado también por la editorial Periférica), ambientado también, como *La pelirroja*, a finales del siglo XIX y también en las proximidades de Lisboa, casi al final del volumen, un personaje que encarna a un culto filólogo, dedicado durante mucho tiempo a la traducción, confiesa su sufrimiento por no ser ya capaz de traducir convenientemente ningún texto. No por desconocimiento, ni por falta de voluntad, sino precisamente por todo lo contrario. El personaje, un erudito con vocación frustrada de poeta, no puede evitar enmendar los textos que traduce, rescribirlos quitando aquí y allá palabras y signos de puntuación. Ansía la existencia de una *lengua apátrida* que funcionase como mediadora en su conflicto. Una lengua apátrida, añade, que no significase la ausencia de la lengua madre sino, simplemente, la posibilidad de vivir equilibradamente, bien, lejos de ella. Sería algo así como una separación, la distancia precisa que necesita siempre el traductor para conseguir observar a distancia las palabras. Escribe: *¿No pasa también lo mismo con la poesía, vivir una emoción hasta el punto de olvidarla, no del todo, sino perfectamente? El poema, como la traducción, es ese olvido que un día fue incluso más que la misma vida. [...] ¿No es el amor una traducción bien hecha? Probablemente, disculpando la hipérbole, tan difícil como un buen poema.*

Muchas veces, a la hora de traducir, yo también he sentido, sin saber cómo formularla, la experiencia de esa tierra de nadie entre las lenguas, la necesidad de vivir, en el momento de la traducción, en ese olvido que se hará más importante que la propia vida. Tal vez debiera avisar ya de que para mí traducir es sinónimo de escribir, y que concibo ambas actividades como desdoblamientos de la que realmente me gusta, de la que más placer me proporciona: leer. Escribir y traducir son para mí dos nuevas formas de leer. Si escribir significa leer la tradición e intentar enraizar en alguna parte de su suelo, traducir es leer los textos al trasluz, conocerlos hasta su estructura más íntima, colocar las páginas delante del sol para ver por dentro de su organismo dónde están los focos auténticos de vida. Escribir, traducir, leer son —y perdón por la altisonancia— diferentes maneras de estar vivo.

He dicho que el camino del traductor y el del escritor son similares. Podría matizarlo. El del traductor debería ser paralelo al del escritor, pero sin perder nunca de vista el final del camino. Es decir, mientras el escritor avanza un tanto a ciegas en el curso del texto, el traductor, sabedor del producto final en su lengua de origen, debe ir del principio al fin y del fin al principio cuantas veces sea necesario, andar en paralelo al autor pero sin perder nunca de vista la perspectiva del lector. Al final, siempre volvemos a lo mismo. A la lectura.

A pesar de esto, el trabajo del traductor y del escritor coinciden de lleno en un punto. Un punto que la experiencia me demuestra fundamental. Al final, ya consumado el camino, tanto el escritor como el traductor deben saber que su trabajo es siempre, absolutamente siempre, mejorable. ¿Quién se atrevería a decir que un poema o un cuento o una novela no es mejorable en algún aspecto? ¿Quién se atrevería a decirlo de una traducción? Trabajamos, en ambas direcciones, con palabras, que tienen fecha de caducidad. Las palabras son nuestro único material, la única herramienta. Palabras que significan cosas distintas aunque se escriban igual, que se ríen de nosotros y juegan a ser prestigiosas cuando las escribimos en un libro.

Por eso, intento convencerme a diario de la auténtica importancia, no más, de las palabras. Escribo *raya* y no dibujo una raya. La letra *f* no es el principio de ninguna frontera. Por eso, a veces, cuando escribo, cuando traduzco, me gusta *desprestigiar* a las palabras, para que sepan que no siempre son ellas las que pueden manejarnos. Pienso en el significado de la palabra *frontera* para mí, y pienso en el significado de la palabra *frontera* para los inmigrantes, los exiliados, los huidos. ¿Puede significar algo esa palabra para quien no tiene casa? ¿Sería honesto traducirla de la misma manera? Las palabras, a veces, muerden la mano que les da de comer. Por eso no es bueno que se crean tan importantes. En ocasiones me da vergüenza o miedo o pena utilizarlas. Hay grandes palabras para grandes ocasiones. Y palabras pequeñas para las ocasiones más importantes. Las palabras que casi no suenan, las que se dicen en voz baja para no despertar a esas *otras* palabras.

Como traductor, intento también ser severo con las palabras. Intento actuar, digámoslo así, con sobriedad. Así lo hice al traducir *La pelirroja*, probablemente el libro al que más tiempo y esfuerzo he dedicado. Prefiero, siempre que pueda elegir, la palabra *ropa* a la palabra *vestimenta*. Y quiero creer que, tras esta afirmación, se esconde algo parecido a una poética.

*La pelirroja* cuenta la historia de una joven lisboeta, hija de un enterrador, víctima (como todos lo somos) de sus deseos de amor, prosperidad y pasiones. Es una novela que une, a finales del XIX, contenido erótico y crítica social. Un libro que es un reto para cualquier traductor, y al que estaré siempre agradecido. Como lo estoy a todos ustedes.

Y, sin explicarse la razón, como un ritmo propio, oía los golpes de una azada en la tierra del cementerio. Se quedaba helada. ¡Era su padre abriendo sepulturas! En el fondo, se sentía infeliz y flotando en un mar de incoherencias. Con esa alteración, el sueño se le escapaba, y las ideas, desviándose poco a poco del primer plan, huían como rayos que se reflejan en la vasta llanura de los recuerdos. Pensaba en la vida del cementerio, el horrendo amor a los cadáveres, en cuya gélida intimidad había vivido tanto, abriendo mortajas y levantado tapas de ataúdes. En su sinceridad, se confesaba horrible, parecida a una hiena. Nunca más se excitaría ante hombres sin vida. ¡Qué infamia! Ahora tenía a su João, carnes blancas de semidios. Era feliz sintiendo en el alma ese fulgor de paz que la perfumaba, como en un baño voluptuoso. Ser amada por esa fortaleza, apretada y vencida entre sus brazos esculturales le parecía una dicha, un milagro, algo como un sueño febril. Se entregaría de lleno y sin reservas, con un exceso loco de contactos, frenética y poseída por un ferviente deseo de poseerlo. Su vida se hacía espesa, con el color de un recuerdo delicioso, sin comprender en el deleite la saciedad, la inanición, el desprecio por sí misma. Al fondo del espejito de estaño, su figura iluminada por la vela ofrecía una curva nítida y delicada. Sonrió para enseñar los dientes, pequeñitos y delicados, de gatita blanca. Y se demoró en una amplia satisfacción interior: era bella, con una complejión muy tenue y fibrosa, lograda a base de anemias. Se rizó con cuidado un mechón pelirrojo sobre la frente, y fue desabrochándose, poco a poco, el corpiño...

Muchas gracias.